

PRÓLOGO

Es curioso que en Concepción, ciudad casi cinco veces centenaria, tan pocas instituciones hayan superado la centuria. Los pocos emprendimientos longevos se sitúan en el ámbito social y cultural, en un amplio sentido. Es el caso de diversos cuerpos de bomberos de la intercomuna, sociedades obreras, logias masónicas, establecimientos educacionales e instituciones religiosas. Pueden avanzarse muchas causas, tales como terremotos y migraciones, crisis económicas o, simplemente, el cambio de las modas y las costumbres. En el campo empresarial, en particular, son pocas las organizaciones que superan los cien años de operación ininterrumpida, quizás por los altibajos propios de la vida económica. Menos todavía son las entidades deportivas que han sabido proyectarse a más de un siglo de vida.

Por eso resulta tan notable que una institución ligada a una noble actividad deportiva y realizada, a la vez, con un sentido social y racionalidad empresarial, se cuente entre esa selecta nómina. Nos referimos, por supuesto, al Club Hípico de Concepción, institución señera del turf nacional. Una trayectoria que bien merece reconocerse y celebrarse. Y su historia contarse por una pluma digna de la exigente

tarea. Por fortuna el Club ya cuenta con una relación, a la vez amena y rigurosa, de su interesante pasado. Uno que motiva y entrega lecciones para proyectarse con confianza al porvenir.

El origen remoto de la hípica chilena, según nos recuerda el Himno del Club de Mediocamino, debe trazarse a Pedro de Valdivia, quien “en su silla altanero”, trae a Chile los primeros caballares. Pronto los aborígenes asimilaron al *kawellu* y devendrían eximios jinetes. Desde entonces se inician las tradiciones coloniales de carreras a la chilena, con las luces y sombras propias de una fiesta verdaderamente popular.

Es con la llegada a Chile de inmigrantes europeos, hacia fines del siglo XIX, que una serie de deportes comienza a popularizarse. Entre ellos el football, el golf, el box y la hípica. Concepción no fue ajeno a estas nuevas aficiones, en especial a los caballos, actividad conectada, a la vez, a la vida rural y a la modernidad burguesa. Las carreras a la inglesa, en verdad, unieron el afán de mejorar las razas equinas y de moralizar al pueblo, con una actividad empresarial rentable, lo que le dio sustento y permitió proyectarla en el tiempo. Con esa filosofía nace el Club Hípico, el cual propone al municipio penquista, en 1896, contribuir “al progreso local, proporcionando al público distracciones perfectamente cultas y fomentando a la vez la cría de razas caballares”.

Una ciudad en proceso de modernización, como era Concepción en el cambio de siglo, acoge bien la iniciativa, a pesar de múltiples vicisitudes. Estas llevan a la quiebra a la empresa y a su renacer a través del actual Hipódromo. Ni incendios ni dificultades económicas diversas, tan numerosas como inevitables en un largo periplo, han impedido que los caballos sigan corriendo. En Mediocamino, ahora situado administrativamente en la comuna de Hualpén, cada martes se reúnen los aficionados al real deporte de los nobles equinos. El origen y desarrollo del establecimiento se despliega, con todo detalle, en cada página de este original libro. De las inertes y reservadas actas del Club, dos historiadores con oficio, uno novel y otro experimentado, han logrado extraer y luego hilvanar un relato ameno y comprensivo.

Un ejemplo de investigación sólida, que equilibra bien el devenir del Club con el contexto social de la metrópolis que lo alberga, a través del tiempo. Sólo así puede valorizarse con justicia el acervo de pasión y sacrificio que ha implicado su mantención en un medio complejo; más todavía su desafiante desarrollo. Felicitamos, pues el trabajo de Miguel Ángel Estrada, que le augura un futuro promisorio en la investigación y del Dr. Cristián Medina, autor consagrado y consolidado especialista en temas regionales e internacionales.

El libro vuelve también la mirada hacia los hitos surgidos al amparo de la larga tradición ecuestre que gira en torno al Hipódromo. Visitas ilustres, que convocaron a cientos de miles de personas, como fue la presencia del Papa Juan Pablo II, en 1987, se combinan con la figura encomiable de decenas de jockeys y jocketas, que comenzaron en la pista de Mediocamino, muchos de manera muy modesta, una carrera que los proyectaría incluso internacionalmente. Accidentes, los Clásicos, grandes espectáculos, en fin, muchos eventos que han tenido los terrenos del Club Hípico como escenario desfilan por las páginas de este libro. Un aporte indudable a la memoria penquista desde un espacio privilegiado de la historia local, que el Club también ha contribuido a construir.

Valoramos, en consecuencia, el ejercicio historiográfico del cual este libro da cuenta. Resulta del encuentro virtuoso de dos lúcidos profesionales de la historia con las fuentes indispensables para un buen relato. No habría sido posible sin la actitud abierta y generosa de los directivos del mismo Club, así como del aporte de personas y de las instituciones patrocinantes, a todos quienes los autores justamente agradecen.

El texto surgió, originalmente, de un trabajo de tesis, desarrollado al amparo, esto es, con los métodos y el rigor, propio de la Licenciatura en Historia de la Universidad Católica de la Santísima Concepción. Revisado luego para darle el formato de un libro, hoy aparece en términos atractivos y asequibles para un público más amplio, confirmando así el compromiso de la Universidad con la Región en que se domicilia.

El libro que prologamos, consignemos finalmente, es el producto de una fructífera colaboración entre las editoriales de la Universidad y del Archivo Histórico de Concepción. Confiamos en que el público que se interesa en la actividad hípica, así como todos aquellos que quieren a su ciudad y aspiran a conocerla mejor, hallarán en este libro una fuente de información a la vez original y perdurable.

ARMANDO CARTES MONTORY